

Alfonso Reyes o el deslinde literario

El regiomontano ilustre cuya muerte ha llenado de pesar a todo el universo hispanoamericano de nuestra cultura, abordó en su fecunda existencia las mil y una instancias de la literatura con la maestría singular que le daba su ejemplarísima condición de humanista. Su biografía cumplida lo sorprende en las más diversas posturas literarias y nos lo muestra en el cultivo airoso de la poesía y de la novela, entre las que él llamó posturas activas; en el despliegue amplio de la crítica —con toda su anatomía—, de la historia de la literatura y la teoría literaria, entre las que llamó posturas pasivas, y en la varia ocupación del ensayo y aun de la filosofía.

De su vasta obra, que ya alcanza dimensiones colosales hacia el tomo undécimo de sus obras completas, pueden destacarse muchas facetas, muy valiosas y significativas. Nos interesa destacar una región particular, de la más alta importancia dentro de la obra de Alfonso Reyes, cuyas dificultades —reales o aparentes— le han restado muchos admiradores y muchos discípulos entre los que son sus lectores habituales, pero abominan del rigor y del tecnicismo teórico. Trátese de sus ensayos sobre el fenómeno literario.

Puede advertirse claramente en nuestro orbe cultural y literario hispanoamericano la ausencia de un discipulado que haya continuado las investigaciones de Reyes sobre la literatura. Estas investigaciones, que se ordenan en el primer lustro de los años cua-

renta del siglo, constituyen la síntesis magníficamente madurada de muchas lecturas y meditaciones, de mucha organización y comparanza. Ellas son, por lo demás, trabajos de excepción en nuestro medio por la índole de su objeto como por la calidad propia del método y de la investigación realizada.

La Crítica en la Edad Ateniense (1941), *La Antigua Retórica* (1942), *La Experiencia Literaria* (1942), *El Deslinde* (1944), *Tres puntos de Exegética Literaria* (1945), abarcan diversamente campos históricos y teóricos diferentes, pero todas estas obras —en que ahora nos detenemos— concurren al universal interés en el fenómeno literario.

En *La Crítica en la Edad Ateniense* se trataba de mostrar la actitud de la Grecia clásica ante las manifestaciones de su propio arte literario mediante una detenida revisión de textos y tradiciones organizadas eficazmente en un libro notable. *La Antigua Retórica* considera las manifestaciones más eminentes del arte psicagógica de la Antigüedad, deteniéndose en sus principales códigos: los de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Estos dos libros son las piedras millares de sus trabajos posteriores —en la secuencia histórica de los contenidos o en la integración teórica de los mismos— y fundamento interesante del que es, al parecer y a la fecha, su último libro impreso, *La Filosofía helenística*.

Conviene traer a colación las palabras del propio Alfonso Reyes, en la *Noticia* del li-

bro recién publicado, para compenetrarse del sentido integrador que tiene en la obra del regiomontano el ataque al fenómeno literario, sentido que nos revela su poderosa dimensión humanística:

“Tras *La Crítica en la Edad Ateniense* (1941) y el desprendimiento irregular de este libro que vino a ser *La Antigua Retórica* (1942), correspondía considerar la etapa siguiente, o sea, la Edad Alejandrina (de 300 a. C. a comienzo del Cristianismo). Pero nos resultó imposible atacar de una vez el caso especial de la crítica literaria de esa edad —proyecto aplazado por ahora—, sin representarnos antes, por sumario que fuese, el cuadro total de la cultura alejandrina. Comenzamos, así, por un resumen de la helenización del mundo antiguo que, aunque publicado ya anteriormente, hemos querido reproducir aquí casi íntegro, por parecernos el proemio obligado al presente estudio (“La helenización del mundo antiguo”, en *Junta de sombras*, México, El Colegio Nacional, 1949, págs. 346-374).

“De modo que el examen de la crítica literaria nos lanzó al mar de la cultura. Esto nos llevó a ciertas observaciones generales que aquí aparecen, sobre la educación entre los antiguos (II, 1-4). Y la educación, campaña helenística por excelencia puesto que venía a ser la domesticación o urbanización de un mundo recién conquistado, nos llevó a su turno a la filosofía alejandrina, alimento de los nuevos ideales.

“Había, pues, que comenzar por la filosofía (ya llegará su vez —nos decíamos— a la geografía, a la historia, etc.), si algún día deseábamos abordar la crítica. No es la primera vez que nos ocurre escribir uno o dos libros como preparación de otro: para *El Deslinde* (1944), tuvimos antes que proceder a ciertos esclarecimientos, de que surgieron los ya citados volúmenes sobre la *Edad Ateniense* y *La Antigua Retórica*. Y, a la hora en que trazamos estas líneas, la necesidad de dar su sitio a cierta *Mitología griega*, en elaboración, no ha obligado a

escribir antes una *Religión griega*, también en trama”.

Por donde se puede ver cómo una cosa llevaba a la otra por necesidad de articulación adecuada en el método del maestro escritor. No se resignaba él, “especialista en universales”, a estudiar los objetos de la cultura como objetos aislados. Necesitaba sumergirlos en los conjuntos históricos y filosóficos de cada época para que revelasen su real consistencia y valor.

Fijadas estas noticias, advertimos que *La Experiencia literaria* (1942) sirve al mismo método de acarreo e integración a que el propio Reyes se refiere. Los puntos de vista y las investigaciones que en este libro se desarrollan para la consideración del fenómeno literario, en toda su variedad y amplitud, van a desembocar en su obra magna, *El Deslinde* (1944). Por otra parte, los *Tres puntos de exegética literaria* (1945) no son sino un desprendimiento de esta última obra reducido a dos temas menores.

Su admirable formación filológica llevó a Alfonso Reyes a la revisión de la actitud teórica de los antiguos que se le imponía como una ineludible necesidad para considerar con actualidad el fenómeno literario. Es el modo en que asume la tradición. Alfonso Reyes muestra de una manera excepcional en nuestro mundo cultural un sentido humanístico plenamente interiorizado e integral. En él se realiza la unión madura con la tradición cultural de Occidente y por ello su obra puede postularse como un ejemplo cabal de asunción de las tradiciones culturales a que pertenecemos. Asumirlas es tarea normal y cotidiana de todo intelectual, hombre de letras o humanista americano que lo sea de verdad. Reyes ha sabido recoger de modo ejemplar aquella tradición, sin desmedro —porque éstas integran nuestra tradición— de los elementos americanos y mexicanos que se originan en su situación particular de hombre de este continente. El autor de *Visión de Anáhuac* (1917) se elevó entre nosotros como la figura del más

grande humanista americano de nuestro tiempo uniendo, como dice Tristán de Athayde, “as quatro raizes do seu humanismo”: la raíz helénica, la raíz griega, la raíz hispánica y la raíz mexicana. Su vasta y hermosa obra es también su prueba fehaciente.

El Deslinde, prolegómenos a la teoría literaria, constituye una verdadera *summa* de la sabiduría literaria del gran mexicano; supone un cúmulo gigantesco de lecturas perfectamente organizado, un admirable dominio técnico, epistemológico, de diversos saberes y una conciencia metódica de rara virtud para hacer los conceptos claros y distintos. Trátase de una tentativa, verdaderamente kantiana, de establecer los límites y la autonomía de la literatura en sentido estricto de una gama variada de saberes “literarios”, que ordena el deslinde en dos tríadas sucesivas: Historia, Ciencia y Literatura, en primera tríada; Matemática, Teología y Literatura, en segunda tríada.

Advirtamos, por de pronto, que Reyes considera este libro y esta tentativa como prolegómeno a la teoría literaria —aquí una aproximación kantiana—, no la teoría literaria misma sino su propedéutica: mera distinción de su objeto en un campo de vastas contaminaciones. Propuesto así, no deja por cierto de resolver más de un punto de interés para la teoría propiamente tal.

Intentaremos exponer la andadura, muy característica, de este deslinde. Aquesto supone en buena medida la actitud metódica de Reyes frente al fenómeno literario en su vastedad.

Comienza Alfonso Reyes por situar la nueva disciplina entre las diversas posiciones frente al fenómeno común. La vida literaria se le presenta como un diálogo en el que un creador propone y el público responde con sus reacciones tácitas o expresas. Hay, pues, una actitud o postura activa —la del creador— y otra actitud o postura pasiva, o más bien receptiva —la del público lector o auditor—, que significa una clase especial de acción y colaboración en la vida literaria.

Nos interesa la postura pasiva que es la que compete en este capítulo.

Podemos distinguir en ella diversas fases, atendiendo a diferentes criterios. En nuestro caso, se las agrupa considerando dos órdenes, el general y el particular. En el orden particular caen aquellas fases pasivas propiamente críticas, todas las que se enfrentan a los productos literarios, a esta obra o a este conjunto de obras. En el orden general, hallamos aquellas fases que contemplan la literatura como un todo orgánico. Así, la historia de la literatura, la preceptiva, la teoría literaria que nos ocupa.

En el orden particular, las diversas fases componen lo que Reyes llama la “anatomía de la crítica”: impresión, impresionismo, exegética o ciencia literaria y juicio. Teóricamente las tres primeras se encaminan al juicio, que exige el cumplimiento de las etapas previas. En *La Antigua Retórica* nos ha dejado un análisis meridiano de estas fases sobre el que retorna en *El Deslinde*.

En el orden general, la teoría literaria se caracteriza como un estudio filosófico y propiamente fenomenológico. Sobre este último término gravita un peso considerablemente aristotélico —el de la *Poética*—, más que propiamente husserliano aunque se enriquezca notablemente con este último.

Alfonso Reyes propone su teoría literaria del modo siguiente:

“La teoría es la contemplación más desinteresada frente a la postura activa en su totalidad, entendida ésta como rumbo mental, como sesgo noético y contenido noemático, como agencia del espíritu. Considera las principales formas de ataque de la mente sobre sus entes u objetos propuestos: función dramática, función épica o narrativa y función lírica, las cuales no han de confundirse con los géneros a ellas circunscritos, que son meras estratificaciones de la costumbre en cada época. Toma en cuenta la materia o lengua, su esencia emocional, intelectual y fonético-estética, y su naturaleza rítmica en el verso y en la prosa; el carácter

sustantivo oral y el accidente adjetivo de la escritura, y sus mutuos reflujos; la condición popular o culta de formas e imaginaciones y sus mutuos préstamos y cambios; lo tradicional y lo inventivo, como maneras psicológicas. Y todo ello en puro concepto de descripción, de visión ("teoría"), que no debe derivar normas ni proponer cortapisas sobre las evoluciones posibles o aun las súbitas mutaciones futuras. Pero la literatura no es sólo una agencia mental abstracta (lo literario), sino también un proceso que se desarrolla en el tiempo, una suma de obras que aparecen día a día. De modo que el tronco de la teoría literaria, en sus ramificaciones más finas, no conoce límites —así cuando llega a la descripción de los géneros— y tiene que descender sin remedio a consideraciones históricas. La teoría literaria también tiene que descender sin remedio a la preceptiva, pero sólo en cuanto examina y valora las nomenclaturas que ésta propone y su correspondencia con las realidades literarias. Tales incursiones en campo ajeno deben discretamente administrarse de acuerdo con las necesidades de los propios objetivos teóricos. Esta es la teoría literaria".

Este es el sustancial programa —objeto, objetivos, métodos— de la teoría literaria. Sus diversos puntos se consideran en buena medida dentro de los prolegómenos mismos.

Las resonancias teóricas —Husserl, Cassirer, Bühler, Staiger— que se pueden sorprender en el programa anterior no son siempre leales y exactas en el empleo que de ellas hace Reyes y es seguro que en atención a esto no ha hecho nada por precisarlas con clase alguna de detenida referencia. De modo que podemos observar aquí una suerte de desprendimiento y nuevo curso teórico de las nociones diversas de los investigadores reconocidos. El texto de Reyes exige de esta manera un apego muy estrecho para la cabal apropiación de su pensamiento.

Entrando al deslinde, el primer paso del asedio se dirige a la distinción entre literatura en pureza y literatura ancilar. Provisionalmente, literatura se llama a una agencia

especial del espíritu que cuaja en obras de cierta índole. Una agencia especial discernible de los demás ejercicios de la mente. Admite Reyes, comprometiendo al lector, que este ejercicio se reduce a: *a*) una manera de expresar; *b*) asuntos de cierta índole. Sin cierta expresión no hay literatura, sino materiales para la literatura. Sin cierta índole de asuntos no hay literatura en pureza, sino literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o literatura ancilar.

La manera de expresión aparece determinada por la intención y por el asunto de la obra. La intención es una postura, o mejor un rumbo psicológico, dice. El asunto, para la literatura propiamente tal, se refiere a la experiencia humana general, y para la no-literatura a conocimientos especiales. La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no-literatura en cuanto es teólogo, filósofo, cientista, historiador, estadista, etc. El mismo Reyes siente lo inadecuado de la oposición última, pero conserva los términos luego de una aclaración. Más tarde aludirá a una carta de Paul Valery en la cual el poeta francés anula la oposición *ciencia humana-ciencia natural*. "Pero, Reyes de Monterrey —escribe Valery—, ¿acaso hay ciencia natural? ¡No, sólo ciencia humana!"

Por otra parte, la peculiaridad del rumbo mental y aun la del asunto, la experiencia humana en general que posee notas específicas en la literatura, llaman también a un especialista *sui generis*, poeta o creador, y no a un humano indeterminado.

Las consideraciones sobre la función ancilar, segundo paso del deslinde, fijan la andadura metódica de este esfuerzo sostenida con insistente modalidad binaria a lo largo del libro. La doble vía puesta en práctica para la determinación funcional del servicio corresponde al movimiento noético de la mente hacia los objetos y a la noemática o conjunto de objetos mentales propuestos. Estos objetos últimos se reducen a los temas y pueden ser: *a*) temas formales, de expresión o lenguaje, también llamados poete-

mas; *b*) asuntos mentados o semantemas. En el análisis de la función no se considera la primera vía —noética—, sino solamente la noemática en sus dos fases: la poética y la semántica. Se prescinde provisionalmente de la intrincación que entre ambas puede existir.

La poética se entiende como procedimiento de ejecución verbal, no se refiere sólo a la literatura; que la semántica o conjunto de asuntos no pertenece sólo a la literatura es cosa obvia.

Fijados estos conceptos, se entiende como función ancilar cualquier servicio noemático, sea poético, sea semántico, entre las distintas disciplinas del espíritu. El servicio puede ser de dos maneras: *a*) directo, préstamo de lo literario a lo no-literario; *b*) inverso, empréstito que lo literario toma de lo no-literario. Se establece así una serie de tipos ancilares —préstamos y empréstitos—, poéticos y semánticos, totales y esporádicos. Luego, se fijan los tipos ancilares literarios y finalmente una escala de tipos ordenada según la voluntad del servicio.

La superabundancia del servicio extraliterario, del aporte extraliterario a la literatura, es variadísimo y el más ligero examen de las literaturas nos muestra la riqueza de tal aportación. Por esto, la literatura puede ser citada como testimonio ante el tribunal de la historia o del derecho, como testimonio del filósofo o experimentación del sabio. Cuando parecen haberse agotado sus documentos externos, todavía puede darnos indicios sobre la conciencia profunda. Tales son los usos ancilares de la literatura. Ellos sazonan el placer literario, pero también puede acontecer que lo desvíen.

La segunda etapa del deslinde considera los préstamos y los empréstitos en una primera tríada teórica de Historia, Ciencia de lo real y Literatura. Esta constituye, con las dos etapas siguientes —tercera y cuarta—, de cuantificación y cualificación de los datos, la parte más sustantiva desde el punto de vista noético o del rumbo mental y semántico —dentro del noemático— o de los

semantemas. En casuística bien barajada, Reyes la desarrolla con toda la fuerza probatoria de su método. El deslinde poético se ha dejado para un nuevo paso.

Para forzar la iluminación del problema, sobre todo en su dimensión cuantitativa, utiliza libremente un esquema de Toynbee. El esquema, originalmente destinado a esclarecer el punto de vista de la Historia, sufre una torsión característica en manos de Reyes en beneficio de la literatura.

Observemos que estos capítulos se mueven más cerca de lo empírico que de lo puramente teórico y es ésta la marcha dominante en el libro entero. De ello deriva el notable valor escolar que la obra tiene y la convierte en un *vademecum* para cualquier cuestión de cruzamiento o contaminaciones. Quien quiera penetrar en la posibilidad y limitación de las contaminaciones entre los tres órdenes —historia, ciencia y literatura— y las fertilizaciones o empréstitos de lo no-literario en cada una de las funciones literarias deberá detenerse en estos capítulos. Nadie que desee considerar las problemáticas condiciones de la novela histórica, por ejemplo, o de la novela científica, puede rehuir el planteamiento de Reyes. La consideración del rumbo mental y de la índole de los asuntos, de las fertilizaciones o empréstitos, en un instrumento eficaz para resolver el problema que estas formas novelescas han suscitado desde siempre a los estudiosos.

El análisis semántico y el noético emprendidos, primero por cuantificación y luego por cualificación de los datos, lleva a concluir la naturaleza universal —universalidad temática— de la literatura, a la vez que su naturaleza ficticia —rumbo mental— con respecto al suceder, en que se ocupan de vario modo ciencia e historia. Universalidad por ficción; ficción para universalidad.

Cuando se dice ficción —quinta etapa del deslinde— corre por la idea una circulación que es como la sangre del arte. Se indica, desde luego, un procedimiento mental auténtico. Además, se declara, en apuesta pre-

via contra el mundo, el compromiso de añadirle algún bien, de enriquecerlo. Esta es la grandeza de la ficción. Su servidumbre consiste en que no puede escapar ni al universo ni al yo ni a un mínimo de suceder real. Midiendo el grado del desapego de estas condiciones límites de rechazo, hay ficción de lo imaginado —polo de emancipación— y de lo real —polo de sujeción—. Esta última ficción —ficción de realidad, realidad de ficción— está sometida a una doble valuación: mínima y máxima. Mínima, si lo real de mi literatura será aquello que cuente literariamente y de veras haya acontecido dentro de mi experiencia y que lo inventado de mi literatura será lo probable real, o acontecido en las condiciones estrictas de mi relato. Máxima, si, puesto a fabricar fantasmas, tengo que hacerlos con elementos que me preste la realidad: un hombre sumado a unas alas es igual a Icaro. Ficción verbal de una ficción mental, ficción de ficción: esto es la literatura.

La última etapa del deslinde se aboca al deslinde poético. A pesar de ser éste un capítulo sustancial es en él donde sorprendemos un tanteo más vacilante en el método. Una serie de observaciones o exámenes preliminares le son necesarios para abordar la cuestión y obtener un logro positivo, que en última instancia no se puede negar. Comienza por distinguir dos agencias del lenguaje: teórica y práctica. La bipartición se muestra insuficiente. Reyes concibe en el lenguaje también una función ancilar de servicio mutuo entre el teórico y el práctico. Concibe los lenguajes teóricos como desprendimientos del práctico o lenguaje general que tiene primordialmente ese carácter. Luego aislará de los lenguajes teóricos los no-literarios de los literarios. Para el deslinde del tipo teórico y práctico se aboca al examen del lenguaje en general en su fase social, primeramente, y luego en su fase lingüística. En esta última fase intenta distinguir entre lenguaje vulgar, que es considerado como comunicación (especie intelectual), y lenguaje estético, considerado como

expresión (estado afectivo). En estos términos observa que la comunicación no es sólo orden semántico, sino también orden poético y que al mismo tiempo la expresión no es sólo orden poético sino también orden semántico. De aquí pasa a considerar otra posibilidad sistemática, la que nace de las notas distintivas del lenguaje: comunicativa, acústica y expresiva.

Falta en este enfoque el punto de vista orgánico que enlace sistemáticamente la pluralidad funcional del lenguaje y soslaye el choque amenazante de teorías diversas y hasta contradictorias que a cada paso se ven venir.

Retomando el deslinde en un nuevo estadio y en busca del rigor terminológico, denomina *coloquio* a la actividad lingüística ordinaria en el nivel práctico y cotidiano y *paraloquio* a todo lenguaje *sui generis* o lenguaje "al lado", ya en fase teórica pura o mixta, teórico-práctica. Los paraloquios aparecen como especializaciones del lenguaje coloquial que adoptan en diversa forma limitaciones defensivas. De aquí pasa a considerar los varios productos del lenguaje en su cohesión semántico-poética. Se distingue, así, el producto literario —paraloquio teórico— por el apego entre el poemema y el semantema que se establece de modo absoluto a diferencia de lo que ocurre en los productos no-literarios. Así como, en el orden semántico, la literatura resultaba de la intención ficticia, ahora, en el orden poético, la literatura resulta de la fijeza lingüística. La literatura es un paraloquio inflexible —también lo son el rito y la ciencia— que valoriza —a diferencia del rito y de la ciencia— las tres notas del lenguaje arriba señaladas. Esta valorización de las notas del lenguaje en su totalidad señala a la literatura como plenitud funcional del lenguaje y, en última instancia, el resultado positivo del deslinde poético.

La conclusión del largo camino recorrido se enuncia así:

"La literatura es actividad teórica del hombre; procede de la facultad de hablar;

se vincula en el sistema orgánico de signos verbales que es el lenguaje; se manifiesta en lenguas o idiomas determinados; es, allí, paraloquio de configuración semántico-poética inseparable; tiene intención semántica de ficción; no admite cuantificación de los datos reales que pueda acarrear, ya por concepto de mínimo de realidad indispensable, o de realidad tratada en dirección ficticia; se refiere a la experiencia pura, hasta cuando incorpora ancilarmente nociones de saber específico; pone en valoración máxima igualmente las tres notas lingüísticas, intelectual, acústica y afectiva; busca, a través del estilo, un ajuste psicológico de precisión comunicativo-expresiva (hasta para sugerir lo impreciso) y un ajuste estético de especie lingüística, los cuales resultan en univocidad de contenido intuitivo e individuado (en contagio simpático de naturaleza suprain-

lectual y al cabo en deleite de integración anímica, que algunos consideran como intermediaria hacia la compenetración mística)".

Este es, en apretada síntesis que no se aleja nada de sus propias palabras, el lineamiento general de las preocupaciones teóricas de Alfonso Reyes en torno a la literatura. Su obra es una apreciable tentativa de crear una teoría literaria de sólida base lingüística. Detenida en el umbral de estos prolegómenos, su obra está cargada de incitaciones e iluminaciones prometedoras que abren la verdadera perspectiva de la teoría literaria. Su rigor y la fecundidad de sus consideraciones deben atraer hacia ella la atención de los estudiosos a quienes queda abandonado su desarrollo futuro. Hasta ahora, y es de lamentar, no ha obtenido el interés que realmente se merece.